

ARGUMENTO
DE
EL BARBERO DE SEVILLA
ÓPERA EN TRES ACTOS.

MÚSICA DEL MAESTRO

ROSSINI



IMPRESNTA UNIVERSAL
Travesía de San Mateo, 1.
MADRID

ARGUMENTO

DE

EL BARBERO DE SEVILLA

ÓPERA EN TRES ACTOS

MÚSICA DEL MAESTRO

ROSSINI



IMPRESA UNIVERSAL

Travosa de San Mateo, A.

MADRID

4-

ARGUMENTO

DE

EL BARBERO DE SEVILLA

ÓPERA EN TRES ACTOS

MÚSICA DEL MAESTRO

ROSSINI



IMPRENTA UNIVERSAL

Travesía de San Mateo, 1.

MADRID

ARGUMENTO

DE

EL BARBERO DE SEVILLA

ÓPERA EN TRES ACTOS

MÚSICA DEL MAESTRO

ROSSINI



IMPRESA UNIVERSAL

Plaza de San Mateo, 1.

MADRID



EL BARBERO DE SEVILLA

Acto primero

El teatro representa una calle de Sevilla; a la izquierda la casa de don Bartolo, con un balcón de celosías, que se cierra con llave.

Florelo, con una linterna, introduce en la calle algunos músicos, formándolos debajo del balcón. En esto llega el Conde de Almaviva y manda templar los instrumentos, a cuyo acompañamiento canta la siguiente cavatina:

Ya la aurora en el cielo
a sonreír ha empezado,
¿y no te has levantado;
y puedes aún dormir?
Levántate bien mío,
asómate un momento
y alviáme el tormento
que amor me hace sufrir.

Mas suerte, ¿qué veo?
¿no es su faz hermosa?
Al fin amorosa
de mí hubo piedad.
¡Oh, dulce momento!
¡Oh, dichoso instante
para un pecho amante!
¡Oh, felicidad!

Viendo no se asoma Rosita y que llega el día, entrega una bolsa a Florelo para que la distribuya entre los músicos, mandándoles retirar.

Queda solo el Conde aguardando impaciente, al tiempo que entra Figaro cantando:

Placer sincero
para un barbero
de habilidad.

Bravo maestro,
acreditado
y afortunado
a la verdad.

Larán, larela,
larán, lará.

Niñas y ancianas,
cuál la peluca...

presto la barba,
cuál la sangría...

pronto el billete,
Figaro... Figaro...

Ya va, ya va...

ya va, qué furia;
ya va, ¿quién llama?

Uno tras otro,
por caridad,
Figaro... Figaro...

Ya estoy acá;
pronto, prontísimo
aún más que el rayo
soy el *fac totum*
de la ciudad.

Ah, bravo Figaro;
bravo, bravísimo,
a tí fortuna
no faltará.

Larán, larela,
larán, lará.

El Conde reconoce a Figaro y le exige sus servicios para el amor que profesa a la hija de cierto médico ramplón, a quien había conocido en Madrid, encargándole guarde el incógnito de su nombre, cambiando por el de Lindoro. Figaro le declara que Rosita no es hija de don Bartolo, sino pupila, y que siendo de aquella casa barbero, peluquero, sangrador, herbolario y comadrón, podía serle de mucha utilidad.

Al concluir este diálogo sale Rosita al balcón, y el Conde la declara su amor y su nombre fingido.

Sale don Bartolo, encargando que no abran la puerta a nadie; pero si venía don Basilio le aguardase para apresurar la boda de Rosita. El Conde pregunta a Fígaro quién es don Basilio, y éste se lo pinta como zurcador de matrimonios, mojigato y vano en su profesión. El Conde quiere apresurar el tiempo y pide que le introduzca en la casa de Rosita, ofreciéndole cuanto oro desee. Fígaro acepta, e indicándole la necesidad de que se disfrace de soldado para lograr su intento por medio de una farsa que ha inventado; se despiden convenidos.

MUTACIÓN

Gabinete de la casa de don Bartolo con balcón y celosía como la escena primera, a la derecha un escritorio, al otro lado un piano.

Rosita se encuentra vencida por el amor de Lindoro, y ofrece ser únicamente suya. Quiere enviarle una carta contestando a su declaración amorosa, pero careciendo de conducto para dirigirla, se la ocurre la idea de Fígaro, que se presenta en aquel instante.

Entra Fígaro saludando y elogiando la belleza de Rosita; ambos desean hablar del mismo objeto, pero oyen acercarse a don Bartolo, y tienen que separarse, citándose para más tarde.

Don Bartolo entra clamando contra Fígaro, a quién recrimina por su mala asistencia e ideas de seducción contra Rosita.

Esta se retira y entra don Basilio, al cual declara su determinación de casarse con Rosita al día siguiente. Don Basilio aprueba el pensamiento, encargándole tenga cuidado con la llegada del Conde Almaviva, que le había sido revelada, y le propone, para deshacerse de tan terrible rival, inventar una fábula que le denigre y le haga parecer un hombre infame a los ojos del público. Para desvanecer los escrúpulos que asaltan a don Bartolo, le explica la calumnia en los siguientes términos:

La calumnia es vientecillo
muy sutil y penetrante,
que de nada en un instante
se levanta, y dulcemente
principia ya a susurrar.
Paso a paso y sin sentirlo,
callandito va silbando
va corriendo, va sonando.
En los oídos de la gente
se introduce diestramente,

y ocupando la cabeza allí se empieza a inflamar. De la boca a sí saliendo el enredo va cundiendo, y a poco a poco se esfuerza, adquiriendo siempre fuerza cual la terrible tormenta que en los bosques se fomenta, y en su seno retumbando de horror os hace temblar. Estallando últimante se extiende como un torrente y produce una explosión como un tiro de cañón. ¡Oh, tormentas, oh, terremoto, oh, popular alboroto que hace al aire retumbar! De esta suerte el calumniado, aburrido, difamado, bajo el público castigo a la postre va a parar.

Don Bartolo lo encuentra todo bien pensado, más para no perder el tiempo lo conduce a su cuarto a fin de extender el contrato de boda, guardando librarse de las asechanzas para después que sea su mujer.

Fígaro descubrió a Rosita el proyecto de don Bartolo, pero ella parece no hacer mucho caso, y le pregunta por Lindoro, único objeto que le interesa y de quién recibe los

elogios que Figaro la prodiga, concluyendo por declararle el amor sincero del Conde, que Rosita no sólo acoge con entusiasmo sino que le da un billete citando al Conde.

Don Bartolo entra preguntando a Rosita el objeto de la conversación anterior de Figaro por qué tiene los dedos manchados de tinta, por qué falta un pliego de papel y cómo se halla la pluma cortada, las cuales satisface la linda pupila, que un figurín, el haberse quemado su dedo, en envolver unos dulces y el dibujar una flor, es la causa de los recelos que asaltan a su tutor, el cual, para dar conclusión a sus temores, concluye diciéndola:

Falta un pliego y me imagino
el destino que le has dado,
y lo deja comprobado
el tener tinta en el dedo.

La pluma por tí cortada
también dice tu flaqueza.

¿Por qué bajas la cabeza?

Tenla recta como yo.

Yo bien sé que a las muchachas
suelen darlas la manía

que probó la mamá mía
así que a mi padre vió.

Mas ¿a que viene el andarse
con campanilla llamando,

ni entre los otros buscando
lo que tienes aquí ya?

Dime, pues, ¿qué encuentras bueno en los jóvenes del día?

Mucha risa y cortesía, talle tieso, afectaciones miraditas contorsiones de la moda, en fin, lo necio; mas lo que merece aprecio no lo tienen, a fé mía.

Mas si sigues, por desgracia, despreciando mis razones, encontrarás los balcones eternamente cerrados.

Me surtiré de candados, cerraduras, pasadores, llaves, trancas, picaportes, clavos, cerrojos, cordeles... que no soy de los peleles que se dejan engañar.

Berta, creyendo se hallan riñendo el Doctor y la pupila, aparece al mismo tiempo que llama el Conde.

El conde, disfrazado de soldado de caballería, entra fingiéndose borracho, haciendo que al alboroto salga don Bartolo, preguntando el objeto de su venida. El Conde busca en el bolsillo una boleta de alojamiento como herrador del escuadrón que acaba de llegar.

Rosita ácupe presurosa renconviniendo al Conde, y aprovechando la disputa del tutor por no admitir al alojado, pues tiene cédula

de excepción que presenta, puede recoger un billete que le entrega Almaviva; más advertido por don Bartolo, le arranca el papel con violencia, encontrándose con una lista de comida; el llanto de Rosita con este motivo y la opresión de que se queja, impulsa a tomar la demanda al soldado, que amenaza al tutor.

A los gritos entra Fígaro diciendo que el escándalo había hecho reunir media ciudad, y aparte al Conde tenga algo de prudencia. Sin embargo, el alboroto sigue, y en la puerta resuenan fuertes golpes.

Un oficial, acompañado de varios soldados pregunta el motivo de aquel escándalo, y en vista de lo que dice don Bartolo, quejándose del atropello que se le hace por el Conde, ordena al oficial se lo lleven arrestado; pero Almaviva le presenta un papel, que le es devuelto con respetuoso saludo, y le facilita la salida después de imponer silencio al tutor.



Acto segundo

Una sala.

Don Bartolo, desconfiado de no haber podido tener noticias del soldado, a pesar de los muchos informes que ha tomado, teme que sea un espía del Conde Almaviva, cuando le obliga a salir de sus cavilaciones el oír que llaman. El Conde, disfrazado de maestro de música, se le presenta bajo el nombre de don Alonso, profesor de música y discípulo de don Basilio, que por hallarse éste algo indispuerto venía a dar lección por su maestro; más no dándole resultado este ardid por la desconfianza de don Bartolo, le dice que el Conde estuvo alojado en su posada, y por una coincidencia se encontró con un billete que su pupila le dirigía, el cual le entrega, y aprovechando la ocasión de venir a dar lección, creía deber manifestarle el mal uso que el Conde hacía del papel, entregándosele a otro enamorado.

Con esto logra convencer al tutor, resolviéndose a llamar a su pupila, después de decirle que hable en su favor.

Don Bartolo presenta a Rosita, indicándole que el Conde venía a darle lección en nombre de don Basilio, y cantan el siguiente romance de *La inútil precaución*.

Joven soy, y contento
no hay en mi corazón,
y tú de este tormento
sola eres la ocasión.

¡Qué fatigas! ¡Qué penas!

¡Qué es lo que pasa, pues?

Favor, cielos, favor
que a morir voy de amor
y amor no sé lo que es.

Este romance no parece bien a don Bartolo, prefiriendo el de

Cuando me hallo cerquita

de mi amable Rosita

(el aria dice Juanita,

pero yo digo Rosita)

el corazón siento

bailar de contento.

Sale Fígaro remedándole y diciéndole viene a afeitarse porque al siguiente día tiene que afeitarse y peinar a todos los oficiales del regimiento que ha entrado; además rizar el

peluquín de la marquesa Adrónica, el tupé de campanillas del Condesito, llevar un purgante al abogado don Bernardo y otras mil cosas de gran interés. En vano se resiste el tutor a dejarse afeitar, siendo vencido por la elocuencia de Fígaro, a quien ordena traiga los avíos de afeitar de un armario que está en el corredor. Al mismo tiempo Rosita le marca las señas de la llave de la celosía que se encuentra en el armario, y a fin de dar más tiempo el diestro barbero deja caer un plato, a cuyo sonido acuda don Bartolo, dando tiempo a que los amantes truequen sus dulces halagos.

Entra don Basilio y su presencia hace desconfiar del éxito de la trama; pero al Conde se le ocurre decir a don Bartolo que ignora su maestro la existencia de la carta y puede descomponer el plan que le había propuesto, y acercándose a don Basilio, después de aconsejarle se retire a la cama, pues se le conoce en el rostro la enfermedad que padece, le entrega un bolsillo, argumento que resuelve al maestro.

Mientras Fígaro remoja en jabón el rostro del tutor, el Conde y Rosita acuerdan huir a la media noche y descubren a don Bartolo que todo ha sido un engaño, y que la carta la dió efectivamente. Este nuevo incidente hace estallar el enojo del pobre tutor, arrojándolos de su casa.

Don Bartolo se queja de sus desgracias, y creyendo que D. Basilio debe estar de acuerdo, le manda venir enseguida con Ambrosio, diciendo a Berta se ponga de centinela en la puerta y no deje entrar a nadie.

Berta. El vejete busca esposa
y la muchacha marido;
ella rabia, él mete ruido,
¡qué par de locos de atar!
¿Pero qué será el amor
que hace a todos delirar?
Es un mal universal,
ello es así... un escozor,
una manía un tormento...
Pobre de mí que lo siento
sin poderlo remediar.
¡Ah! Vejez desesperada,
por tí me veo afligida
y despreciada, una vida
sufro de llanto y penar.

Habiendo confesado don Basilio no conocía a don Alonso, reconoce don Bartolo una nueva trama, cuyo resultado no puede comprender; pero por cortar de una vez tantos sinsabores, hace al maestro inmediatamente marche a buscar al notario, entregándole la llave de la puerta a fin de que no se detenga en llamar.

Desconfiando don Bartolo del consentimiento de Rosita en su enlace, se le ocurre

la idea de hacer uso del billete que el Conde le había entregado escrito por su pupila, el cual le enseña, añadiéndole que su amante solo había querido burlarse de ella y entregarla después al Conde de Almaviva. Resentido el orgullo de Rosita quiere vengarse de semejante ultraje, y declara a don Bartolo que aquella misma noche debía venir el indigno acompañado de Fígaro, para robarla y después casarse.

Satisfecho el tutor con tal resultado, y precaviéndose de cualquier atentado que a mano armada pudiera hacerle, recomienda a Rosita se encierre en su cuarto, mientras él sale a buscar a la guardia, que acude en su socorro.

Se oye ruido de tempestad y a su tiempo abrirse la celosía por fuera, entrando por ella el Conde y Fígaro embozados, con una linterna en la mano. Sale Rosita, acusando al Conde de cruel, traidor y falso, y de que fingía amarla por sacrificarla, entregándola al Conde de Almaviva. Entonces el Conde se descubre y la asegura ser él mismo que la adoraba. Convencida Rosita se resuelve a salir, pero Fígaro descubre dos hombres embozados bajo la ventana y que le habían quitado la escala de cuerda por donde subieron.

Fígaro reconoce a don Basilio y al notario, y aprovechando su llegada, extienden el

contrato nupcial de Rosita con el Conde de Almaviva, en vez del de don Bartolo, por quien había sido llamado.

Don Bartolo aparece acompañado de un oficial y varios soldados, designando como ladrones al Conde y Fígaro; pero al querer prenderlos se descubre el Conde de Almaviva y declara ser esposo de Rosita. El tutor se extremece con esta noticia, pero el Conde le regala el dote de su pupila, devolviéndole con él la alegría:

Fígaro. De este dulce himeneo
quede memoria eterna;
yo apago la linterna
pues ya no se ha de usar.

TELÓN

